

FEIFFER

ODIO LAS MAÑANAS



© 1972 JES BATE 2-13

ODIO EL TENER QUE IR A TRABAJAR EN AUTOBUS



ODIO EL TRABAJO



ODIO VOLVER DEL TRABAJO TODAS LAS NOCHES



A VECES PIENSO...



¿QUE ALIVIO SERIA ESCAPAR A TODO ESTO Y CASARME!...



PERO ENTONCES ME ACUERDO...

DE QUE YA ESTOY CASADA



La Capilla siXtina

NUESTRA DIETA DE CADA DIA

Una de las cosas que más me entristecen de este país es lo mal que se suele hacer la carne a la plancha en los restaurantes a los que yo puedo ir habitualmente. Les puedes pedir un bacalao a la vizcaina con una cierta tranquilidad. Incluso un civet de liebre, si no eres muy exigente con la genealogía conejil del animalito. Marco suele decir que la libre servida en los restaurantes que él y yo podemos pagar no es otra cosa que un conejo muerto del susto para que le quede la carne tan compacta como la de la liebre. Marco es un demagogo palentino, y sólo un español-sustrato-regional como un servidor está en condiciones de detectar los matices de un palentino demagogo. Los palentinos suelen ser muy equilibrados.

Hago régimen llevado por el afán de irme este verano a una playa de Alicante o de Málaga y ejercer de «play-boy» ocasional antes de llegar a la edad difícil (los especialistas no se ponen de acuerdo sobre qué edad es la difícil, pero yo sospecho que las dificultades empiezan para uno en el noviazgo de sus propios padres legítimos y terminan siete u ocho meses después del propio entierro).

—Sisto —me dije—, pierdes unos cuantos kilos y a Torremolinos, a ver si ligas, hijo, que eres un desastre.

Y fue entonces cuando empecé el calvario de la carne a la plancha, cuando mi paladar empezó a destruirse en contacto con fieltro, suelas de goma, retales de pana y tapetes de mesa de billar con sabor a vaca mauritana (de la Mauritania desértica). Si no puedo entrar en comunicación con la realidad mediante el paladar, ya me dirán ustedes cómo puedo comunicarme con ella tal como se están poniendo las cosas desde 1814. Así que en los restaurantes he dejado de comer y he descubierto el alimento de la observación. Observo a los otros comensales. Les escucho. Les sorprendo en su insultante dedicación a la libertad de mojar pan en las salsas (a propósito, es una de las libertades menos glosadas y analizadas una fascinante experiencia analítica para mártires de la diética como Moreno Galván o un servidor). Y esa disposición a ver, oír y no comer me ha permitido darme cuenta de que nuestro pueblo está perdiendo la locuacidad. Se habla mucho menos que antes. La comunicación ya no funciona ni siquiera a ese nivel primario.

La pareja que cada día come en la mesita situada a mi derecha (a ver cuándo cambiáis los hules, Jacinto) liquida una comida de dos platos, postre y carajillo con dos «hum», un «si tú quieres» y de vez en cuando un «está bueno» o «está crudo» o «¿qué ponen aquí, sal o polvos de talco?». Si mis ojos viajan y mis oídos les siguen no encuentro situaciones mejores. En

casi todas las mesas coexisten gentes que no se conocen entre sí y apenas si se dedican la amabilidad de no agredirse cuando hay equívocas en el consumo de pan o en el movimiento de los codos sobre la mesa.

Preocupante.

Por ahí van como desesperados tratando de resucitar las cenas políticas a la madrileña, y en Barcelona acaban de nacer las cenas políticas a la catalana. (¿Obligatorio el pan con tomate?) Pero eso va a nivel de élite. ¿No se podría hacer nada a nivel de «masas»? Ya está muy claro que los «masas» son en realidad medios de incomunicación de masas, y yo creo que sería muy útil crear cauces legales moderados, centristas, bien canalizados, para que las masas recuperen la comunicación y previamente el habla. Por ejemplo: ¿qué peligraría si en lugar de monitores de tele-club se crearan profesionales de la conversación en restaurantes públicos?

Ese monitor de la «recuperación del habla de las masas» (¡qué bonita Dirección General a crear hay ahí!) podría sentarse en la mesa más grande de mi restaurante habitual, dar dos palmadas o tocar un pito y decir: A ver. Tema: a escoger entre Bernabéu, estupro y asesinato de la niña de Sevilla, el hombre lobo de Villena o la lucha contra la mariposa de la patata en Ostende.

Y entonces, ordenadamente, los comensales, entre bocado y bocado, irían diciendo esta boca es mía y no está aquí sólo para comer. Y así, poquito a poquito, dentro de cuarenta o cincuenta años, los españoles de la «masa» tendrían posibilidades de sostener conversaciones de un cuarto de hora sobre el X Plan de Desarrollo (si demuestran la madurez cordial suficiente, claro está, no hay que forzar las cosas, hay que ir adelante sin prisas, pero sin pausas). Claro que corremos el riesgo de que como las conversaciones a nivel de «cena política» ya han empezado con temas tan escabrosos como si se está dentro o si se está fuera, en cincuenta años de escalada libertina pueden llegar a desenfundadas conversaciones sobre si don Alejandro Lerroux era masón o simplemente un católico posconciliar adelantado a su tiempo.

Insano desmelenamiento.

Pero de seguir mi consejo, entonces, dentro de cincuenta años, las masas, corteses y bien entrenadas, darán a esos desenfundados el luminoso ejemplo de su comedimiento. Incluso tal vez se hagan mejor los filetes a la plancha. Y yo daría por bien empleadas todas las diéticas de mi alma y mi cuerpo, la larga y ancha diética que ha sido y es mi vida (y la de casi todos ustedes, no faltaba más) a cambio de la conciencia de tiempos mejores.

Diabéticos. Gordos. Flacos. Confíad en la endocrinología socio-política. Poned vuestro metabolismo en línea con el futuro.

SIXTO CAMARA